

## Rómulo Gallegos no debe venir

Por Juan Antonio CORRETJER

(En *El Imparcial* de San Juan de Puerto Rico. Diciembre 14 de 1948. Envío del autor).

—Tengo, para recreo de mis ojos, una foto en mis manos. En ella, un joven, querido y admirado amigo cubano, de nombre tesoneramente vinculado ya a nuestra lucha patriota, conversa con el Presidente Constitucional de Venezuela. El uno es José Luis Massó. Rómulo Gallegos es el otro.

La foto, para ser actual, para nutrirse de sentido periodístico, que no es nada pasajero y efímero sino historia al día, representa ante mis ojos todo el deber personal que las promociones superiores tienen para sus sucesoras inmediatas dentro del ámbito de convivencia —y convivir no es a secas vivir juntos, sino juntos superarse— de una misma generación.

En efecto, esa foto, en que se muestran juntos un venezolano en la plenitud de su señorío intelectual y un cubano en el apogeo de su etapa ascendente, viene a caer en las manos y en el corazón ansioso del pueblo puertorriqueño a la hora misma en que toda nuestra América se alerta con la deposición del magistrado venezolano y en el instante preciso en que la juventud letrada del país, hecha ya en el disfrute de su magna obra novelística, se pregunta ansiosa si el preclaro rapsoda de los llanos va a venir a sostener, con su prestigio de patriota y su gloria de artista, la farsa imperialista-colonial en la cual un pobre hijo del país va a servir de trágico payaso.

Yo me he contestado la pregunta mediante un examen de la posición real de Rómulo Gallegos en relación con Venezuela y América Latina. He pasado por alto su ascenso —y su deposición violenta— como Presidente de Venezuela. El encono del imperia'ismo contra Rómulo Gallegos, hombre de partido y de gobierno, nos parece cosa nada sorprendente. Al fondo de la cuestión se mueven asuntos tan serios y decisivos como la Flota Grancolombiana y el subsuelo petrolífero, que aliaron de inmediato en un esfuerzo coordinado y común a los monopolios navieros y petroleros yanquis y les hizo mover a sus sirvientes del Departamento de Estado y el Servicio de Inteligencia, y a sus esbirros criollos. Y, como a esa embestida imperialista Venezuela misma no la ha de dejar sin réplica, yo la coloco entre los azares de la lucha. Más perdió Venezuela en Puerto Cabello y empezó de nuevo en Cartagena. ¡Rómulo Gallegos tiene que saber que a él también puede esperarlo un Mompox!

Desde luego que lo que hay de agravio nacional y de ofensa personalísima en el atentado imperialista contra Venezuela y Gallegos, sería lo bastante para que Gallegos se alejara de tierras en donde ondea, sin derecho el pabellón yanqui. Creo más. Creo que ni aún para pronunciar un discurso a favor de la inmediata independencia de Puerto Rico, debe Gallegos venir a nuestra patria. Eso sería desde luego lo justo, y para nuestra gratitud eterna. Pero es mejor servicio a nuestra vigorización volitiva, a nuestro sentido de decoro no concurrir a esa farsa que usarla de tribuna para

un discurso en defensa de nuestro bien. A veces despreciar es una forma de servir.

Pero, en lo substancial, he colocado el caso en un nivel más alto, a una altura por encima de lo estrictamente político, allá por donde personas y hechos se encumbran por las cimas de la conciencia.

De veras. Un jefe de partido político tiene, sin mengua de su honra, un margen de talla para el equilibrismo y la maniobra. Y el jefe político de una nación también lo tiene. Bástanle para ellos salvar sin sombras principios y objetivo de lucha. Pero esto es si el jefe de partido, o el jefe político de la nación, no coinciden con el hombre-conciencia. Para el hombre que ha pasado por una transubstanciación con el grupo humano a que pertenece todo margen de talla queda vedado. Su dinámica es la de la continuidad imperturbable. Su espíritu es el de la serenidad ante el espanto. Su forma la de la omnipresencia.

El flujo y reflujo de la vida política venezolana llevó a Rómulo Gallegos a la jefatura política de su nación. Pero antes, mucho antes, su transubstanciación en el alma venezolana lo había encumbrado en la conciencia latinoamericana. Si *Doña Bárbara* lo levantó a la fama, el conjunto de su obra, especialmente su gicamente lamentable, pero aún corregible, en cía estética de América. No. Lo que en el jefe político pudiera ser un error lamentable, trá-

*Cantaclaro*, le abrió las puertas de la conciencia el hombre-conciencia sería una caída sin levante.

Rómulo Gallegos le debe a la promoción latinoamericana de la que José Luis Massó es un representante de los más dignos, de la cual la juventud universitaria puertorriqueña, expulsa, apaleada y encarcelada por el régimen imperialista-colonial de Harry Truman y Muñoz Marín es exponente decoroso, la actitud de un decoro sin descanso en lo superficial y en lo profundo, en lo interno y en lo externo. Y yo me niego a creer que Gallegos no lo entienda. Me niego a creer que contribuya el resplandor de su personalidad al auto de fe imperialista-colonial que el Congreso de Estados Unidos ordenó que se lleve a cabo en Puerto Rico el 2 de enero de 1949.

Estamos tan ansiosos los puertorriqueños por ver a Gallegos entre nosotros como lo puede estar él por verse entre nosotros. ¡Pero entre nosotros! No entre un instrumento colonial y el alto mando de las fuerzas militares yanquis de ocupación. Entre nosotros los puertorriqueños, y no entre un coro de esbirros y burócratas, verdaderas auras tiñosas de la nacionalidad. Espere un poco el ilustre venezolano. Que por acá, fuera de las esferas coloniales, lejos de la propaganda yanqui, lejos de la mentira procaz y fastuosa, algo nuevo y grande se mueve misteriosamente en las entrañas de la Patria. Por debajo del manto de la piel que angustiosamente se expande, hay brazos que ensayan su primer movimiento. Saldrán a la vida como entran los hombres en la vida: con un grito en los labios y entre el manto sangriento de la maternidad desgarrada. Y no habrá nacido un hombre. Habrá nacido un pueblo.

### LA ABADIA DE ROYAUMONT.

## Los nuevos brotes

Por Luis de ZULUETA

(En *El Tiempo* de Bogotá. Noviembre 2 de 1948).

Evoca André Gide, en *Si le grain ne meurt*, la silueta de su madre que dice asomada a la ventana:

—“Los crocos se han abierto. Va a hacer buen tiempo”.

Efectivamente, en buena parte de Europa lo primero que aparece a ras de tierra cuando todavía la nieve cubre el suelo de los jardines, son las florecillas de los crocos.

Pero en el relato de Gide la madre se ve dulcemente reprendida por la señorita Shackleton:

—“Julieta, siempre será usted la misma. Es cabalmente porque ya hace buen tiempo por lo que los crocos se han abierto. Bien sabe usted que no toman la delantera”.

No. Las plantas no toman la delantera. Pero lo que no ocurre en el reino vegetal, sí acaece en el género humano. Hay individuos valerosos, medítabundos o poetas, que toman la delantera, se anticipan al tiempo futuro y, por decirlo así, florecen antes de que la estación propicia haya venido. Gracias a ellos progresa el mundo. En la humanidad, a la inversa de lo que pasa en la naturaleza, es precisamente porque hay almas de avanzada, porque hay

pequeños grupos de vanguardia, por lo que llega una nueva primavera en éste o en aquel momento de la historia.

Vivimos ahora en un duro invierno. La “guerra fría” entablada sobre las cenizas de las dos guerras ardientes, deja florecer muy pocas esperanzas sobre la tierra. Sin embargo, hay que creer que, después de tan inmensa conmoción, algo nuevo, algo grande, tiene que surgir en el mundo. Nada sería tan interesante como saber en dónde están ya esos precursores, esos pequeños grupos intelectuales, o estéticos, o morales, de donde pueda venir, quizás a largo plazo, una renovación de nuestra sociedad humana. Los brotes aislados que anuncian la lejana primavera.

Arthur Koestler, en su ensayo sobre *La fraternidad de los pesimistas*, expresa su fe en la acción de esos pequeños núcleos, focos de luz entre las sombras actuales. Cree Koestler que vendrá un nuevo fermento ideal, comparable al Cristianismo o al Renacimiento. Pero por ahora hay que contentarse con crear oasis en el desierto, enclaves más o menos extraterritoriales donde la verdadera cultura del espíritu se salve como se salvó en los monasterios